

UNOS CUANTOS RASGOS SALIENTES  
ANECDOTARIO DEL GLORIOSO NOVELISTA  
(*Nuevo Mundo*, 10-2-1928)

Las letras patrias, para las cuales es irreparable quebranto su inesperada pérdida, le deben universal y perdurable gloria.

Fue tan extraordinario espíritu, que podría haber dicho, sin inmodestia propia y sin sorpresa ajena, aquellas palabras de Juan Jacobo Rousseau: «Yo siento mi corazón y conozco los hombres. Yo no estoy hecho como ninguno de los que he visto. Oso pensar que no estoy hecho como ninguno de cuantos existen...».

Siempre vehemente, apasionado, ardoroso, se entregaba por entero a los impulsos de su gigantesco corazón. En su infancia, en su adolescencia, en su juventud, en su madurez. Y no digo en su vejez porque no la ha tenido... Si mucho me apuran, diré que sus sesenta y un años fueron traca deslumbradora de juventud.

Todo en él es chocante. Primero, su infancia. Hijo de padres muy católicos, educado muy católicamente, a los siete años se salía con la chiquillería liberal a las afueras de Valencia a pelearse con la del vecino poblado de Campanar, que era carlista. Pero no a hacer simulacros de combate, no. A pegarse de veras, hasta el punto de que el niño Blasco volvió alguna vez con la cabeza sangrando, y que otras la pedrea, empezada infantilmente, concluíanla a tiros los hombres...

Voluntarioso siempre, dotado de la superior voluntad de los grandes espíritus de acción, porque en el colegio de sus primeras letras —dirigido por sacerdotes— desplacen sus iniciales aficiones literarias que le dictan cuentecillos y leyendas históricas, escribe sátiras desenfadadas contra sus maestros, los cuales acaban por expulsarle de muy buenas maneras.

Las lecturas de viajes, sobre todo las de Washington Irving y Solís, le sugieren su afición al mar y despiertan su vocación de marino. Se la frustró su aversión a las matemáticas. Por ser algo se matriculó en la facultad de Derecho de la Universidad valentina, y allí fue donde surgió su espíritu de caudillo de muchedumbres. Con Altamira, acaudilló las de estudiantes liberales, y aparecer él por los claustros y estallar un motín era lo inevitable. Restablecida la calma, como su carácter turbulento nada tenía que hacer allí, su alma de artista empujábale a paseos y excursiones por la huerta valenciana en compañía de poetas y artistas que conquistaron también la notoriedad. Y

en las tabernas huertanas... leían los grandes poemas de la humanidad: *La Ilíada*. *La Odisea*, *La Divina Comedia*. Aquellas lecturas, y su admiración por Galdós, Fernández y González, Walter Scott y Dumas, padre, le tientan a escribir una novela histórica. *El conde Garci-Fernández: crónica del siglo X*, y ella y el afán de emanciparse de la opresión paterna, nos lo traen a Madrid con un capital de veinte duros fuertes, acabados los cuales pasa las primeras fatigas, atenuadas por la dulzura de sus ilusiones de literato incipiente, y llega a saber lo que es el hambre, hasta el extremo de no poder subir, sin detenerse a descansar varias veces, una cuesta, de regreso del Campo del Moro, porque se siente morir de inanición. La recomendación del gran Fernández y González a los editores no le valió para salir del anónimo. En cambio, sus dotes de agitador, recién manifiestas en algún casino republicano, le valen el honor de ser uno de los solos doce comensales que Cánovas toleraba en los banquetes que aquel año organizaron por primera vez los republicanos para conmemorar el 11 de Febrero, y allí pronunció su primer discurso demoledor; tanto, que el delegado de la autoridad le ordenó callar, con gran satisfacción de su alma de tribuno incipiente. Satisfacción que se agrandó a la siguiente noche, al verse llevado por la Policía a la presencia del gobernador, y que se anubló al saber que en lugar de ser para zampuzarle en una prisión, era para echarle en brazos de su amorosa y sobresaltada madre, que le estaba aguardando para llevárselo a Valencia. Aún emocionado, muchos años después, contábame la tristeza con que se despidió del mejor amigo que aquí tuvo en aquella su bohemia época: el gran novelista D. Manuel Fernández y González.

De regreso en Valencia, a los diecisiete años, se estrena como agitador. Figura en los Comités republicanos; es vicesecretario de una Junta revolucionaria, y como lo sublime y lo cómico andan siempre pisándose los talones, aquel arriscado mozo que no habría temblado ante los fusiles gubernamentales apuntándole el pecho, pasaba sudores de muerte cuando aquellas juntas se retrasaban más de las diez y media, hora en que la autoridad paterna le tenía vedada la ausencia del hogar, y estrujaba su magín para abandonar airoosamente aquellas reuniones sin que se trasluciera la causa: la rígida ordenanza paterna.

Como revolucionario de acción también se estrenó con una desilusión. El general Mariné, adicto a Ruiz Zorrilla, había resuelto sacar un regimiento a la calle y sublevarse en pro de la República. ¿Qué más quiso el mozo Blasco, para decidir también secundar la sublevación y emanciparse de la rígida autoridad paterna? Simuló

aquella noche quedarse estudiando, y a las doce en punto, provisto de una pistolita de dos cañones y de un gorro frigio que le había cosido la criada, se asomó al balcón, que era de un entresuelo bajo, y ayudado del sereno, correligionario suyo, descendió al arroyo. Revuelto entre los centenares de hombres embozados que aguardaban la explosión de la anunciada revuelta, permaneció esperando toda la noche. Desilusionado oyó caer del reloj del Micalet las campanadas de las siete de la mañana... Desilusionado y asustado por otra consideración, ¿cómo volver al hogar paterno después de una noche de subversiva ausencia? Sacando fuerzas de flaqueza, entró en casa... y fue recibido ásperamente por su madre que con la escoba, arrancada de las manos de la fámula, lo persiguió a palos hasta su alcoba, creyendo que había pasado de juerga la noche.

Ningún desencanto, no obstante, corta sus arrestos, y a los dieciocho años comienza ya en serio su vida de agitador, de periodista y de literato.

Funda una Juventud revolucionaria, que llega a reclutar 5.000 adeptos, a la que faltaron, según me dijo misteriosamente —y con cierto dejo amargo— otros tantos fusiles para alzarse en armas, por un secreto que Salmerón se llevó a la tumba. ¿Qué fue? Yo no sé más. La Historia tal vez lo descubra algún día.

Publica un semanario gratuito titulado *La Bandera Federal*, y en él sus primeros y únicos versos satíricos a estilo de Víctor Hugo, y entusiasmado por los yámbicos de Barber, y a tan temprana edad —queda dicho, dieciocho años— se sienta por primera vez en el banquillo de los acusados, como Voltaire, por un soneto, y es condenado a seis meses de cárcel, de la cual se libra porque el Tribunal Supremo, ante el ridículo que representaba la dureza de la pena por una poesía, casó la sentencia.

Por entonces inaugura su carrera periodística en *El Correo*, de Valencia, para el cual, además de la labor de periodista, hace para el folletín, día por día, seis u ocho novelas: *Leyendas y tradiciones*, *El conde Garci-Fernández*, *Por la Patria (Romeu, el Guerrillero)*, *El adiós de Schubert*, *Madeimoselle Norma*, *Caerse del cielo* y otras.

Se licencia un Derecho en días agitadísimos de su vida política e intelectual; sobre *La Bandera Federal* y sobre él llueven las denuncias fiscales y los procesos, y se pasa los meses de la redacción a la cárcel y de la cárcel a la redacción, hasta que a la llegada del marqués de Cerralbo a la ciudad del Turia armó tal algarada que, sumadas las penas que por los procesos pendientes le pedía el fiscal, representaban la amenaza de más de setenta años de presidio. No obstante lo cual, poco después, a la vuelta de Cánovas al poder, organizó un serio motín, a consecuencia del cual, y perseguido por la

autoridad militar, tuvo que huir en una barca contrabandista, que lo llevó a Argel, desde donde se trasladó a París. En Lutecia fue un mozo turbulento, como tantos otros del Barrio Latino, donde se aposentó. Allí, simultaneando las calaveradas propias de un temperamento exuberante de vitalidad con los impulsos de su vocación literaria, escribió su primera obra considerable —enorme, decía él, por lo larga—, *La Historia de la Revolución Española*, cuyo gran éxito valió a su editor más de cincuenta mil duros y a Blasco Ibáñez seis mil en los dos años que le costó de escribir.

Su romanticismo revolucionario estuvo en un tris que no trocara sus destinos al tentarle a unirse a los estudiantes chilenos del Barrio Latino de París, los cuales, haciendo causa común con el Parlamento de su país sublevado contra el presidente Balmaseda, instábanle a alistarse con ellos en el ejército revolucionario. Una amnistía concedida por el gobierno español mató aquellas tentaciones y restituyó a Blasco a su patria.

Pi y Margall, que le quería mucho, le cedió uno de los varios distritos que le habían elegido diputado, el de Sabadell, para que se presentase candidato; pero detenido por la participación que se le atribuía en los sucesos ocurridos en Valencia cuando la peregrinación a Roma, se lo llevó la guardia civil y no lo soltó hasta que quedó derrotada su candidatura.

En Valencia nuevamente, volvieron a encenderse sus ilusiones de agitador, y en 1894 fundó el diario republicano *El Pueblo*, empresa osada y tremenda cuya magnitud pocos podrán apreciar. Se le llevó el caudal de la herencia materna y el de su esposa, y le trajo los días más agitados de toda su existencia. Cuando no estaba, por sus ataques personales, en el terreno del honor, era porque se hallaba en la cárcel por sus campañas políticas. La frecuentó en poco tiempo más de treinta veces. Y en aquellas azarosas circunstancias, habiendo de componer los artículos de fondo, dirigir el periódico y hacérselo casi sin más redactores que Félix Azzati —verdad es que con un tan formidable periodista no hacían falta muchos más—, escribió —a altas horas de las madrugadas, y después de una agobiadora labor periodística de todo el día— *Arroz y tartana*, la bella novela de la burguesía valentina para folletín de su diario, inaugurando con ella su labor literaria regional que había de glorificar su nombre.

En 1895, a consecuencia de una asonada que estalló en Valencia, tuvo que huir disfrazado de marinero y embarcarse para Italia. Oculto en casa de un amigo suyo, antes de embarcar, escribió para su periódico un cuento valenciano, «Venganza moruna», que

no llegó a publicarse porque a su regreso, después de su libro *En el país del arte*, lo convirtió en la novela *La barraca*. Esta bellísima e inmortal obra se publicó primeramente en el folletín de *El Pueblo*; después, en libro del que se hizo una tirada de *quinientos ejemplares*. Ni el público apeteció comprarlos ni los periódicos le dedicaron en su sección bibliográfica más que una de esas gacetillas de *clisé*, de esas que sirven para todos los libros. Algunos ni acusaron recibo de la obra. Pero el destino de Blasco tenía decidido que los extranjeros nos revelasen su alto mérito de novelista, Y así como en el final de su carrera fue preciso que de Norteamérica nos demostrasen que el autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* era un literato de mérito digno de universal admiración, el célebre literato francés Hérelle que había traducido antes a D'Annunzio, vio a la salida de los toros, en una librería de San Sebastián, un ejemplar de *La barraca*. Lo compró, lo leyó, le gustó extraordinariamente, le hizo ambiente en París y la tradujo al francés, en cuyo idioma alcanzó el éxito antes que en el nuestro. Entonces fue cuando *El Liberal* la publicó en su folletín, la elogiaron los demás periódicos españoles, y aquella obra, desdeñada al aparecer, hizo ilustre el nombre de su autor.

La vida del insigne novelista, a partir del éxito de *La barraca*, es ya conocida de todos.

Una anécdota teatral. A Blanco no le gustaba el teatro.

—Es tal mi espíritu realista —decíame al darme sus confesiones para mi libro *Domadores del éxito*, ya hace años publicado—, que no puedo entrar en situación. Aunque no quiera veo a los actores, y en manera alguna puedo imaginarlos como personajes dramáticos. Del mismo modo no hay decoración, por buena que sea, que me sugiera hasta hacerme olvidar que es un telón pintado. En el teatro se me antoja todo irreal, antinatural, artificioso, y me parece estar viendo *les ficelles*, los hilos con que el autor mueve los actores...

No obstante lo cual, escribió un drama. Por compromiso.

El actor Wenceslao Bueno, que estaba en Apolo, se lo pidió, y Blasco, con el asunto de un cuento suyo, compuso un drama titulado *El juez*.

Por cierto, nunca pudo verlo representado. El día de su estreno, porque murió su madre. Y otra vez que se representó porque lo metieron en la cárcel. Por eso decía el glorioso novelista que la representación de aquella su obra dramática era siempre de mal agüero para él... Y un detalle interesante; en el estreno de *El juez* tomó parte D. Fernando Díaz de Mendoza, actor tan desconocido entonces como insigne hoy.

Se me olvidaba —como a todos cuantos han traído a colación anécdotas de la interesantísima vida de este extraordinario espíritu— una muy interesante: el cumplimiento de una condena a seis años de presidio por creerle un Consejo de Guerra organizador y promotor de unas partidas republicanas que se alzaron en armas.

—Entre la cárcel y el presidio —decíame— hay una diferencia de cuya enormidad nadie se da cuenta. A los presidiarios no se les permite recibir ni leer periódicos ni nada. Como benevolencia especial se me consintió dormir en la enfermería del penal. El vicio y la mala alimentación hacían que abundaran enormemente los tísicos. En la misma sala donde yo dormía había bastantes. Todos los meses morían dos o tres, y como se necesitaba sus lechos, se les sacaba en seguida del mortuario, y se dejaba los cadáveres al pie, y allí pasaban la noche hasta el día siguiente, que se los llevaban. De día, pues, tenía siempre el peligro del contagio; de noche, la visión horrible de los cadáveres por el suelo. Prefería, no obstante, dormir en la enfermería, porque, al menos, tenía un camastro. Los presidiarios dormían en el suelo, sobre un montón de paja, unos; otros encima del petate... ¡Oh! Fue otra época bien dura de mi vida. Por eso, en muchos cuentos míos, asoma el presidio. Para mortificarme más, en el presidio, cuando se pasaba revista, me hacían estar dos o tres horas al sol, con la cabeza rapada y descubierta, al frente de una brigada de ladrones y asesinos a los cuales inspiraba compasión la dureza con que se me trataba...

Si Valencia no estuviese orgullosa de su insigne hijo como escritor, estaría obligada a gratitud: en el rápido y grandioso progreso de la ciudad del Turia, Blasco, *El Pueblo* y la mayoría republicana que llevó al Concejo influyeron grande y beneficiosamente. Si debemos honra al artista, no menos justicia debe rendirse al político y a sus prosélitos.

No quiero concluir sin permitir a mi espíritu un leve desahogo de pequeña vanidad: porque admiraba desde mi infancia en que comencé a leerle, al gran escritor, en la prelucción de sus confesiones en mi libro *Domadores del éxito*, contrariado yo de verle empeñado y distraído de su labor novelística en empresas políticas, periodísticas, colonizadoras, editoriales, dije yo, y ello me valió censuras de algunos incondicionales admiradores suyos: «¿Qué hará Blasco? No sé lo que hará. Pero sé lo que debió haber hecho siempre: novelas... Y a estas horas no sé si sería rico; pero estoy cierto de que tendría mucho más dinero del que tiene. Figuraos toda esa inmensa energía que ha

derrochado él, cambiando de objetivos en tantos años, aplicada exclusivamente a la literatura, y decidme si no le habría acarreado gloria y dinero...».

Después de aquellos días, Blasco se entregó totalmente a la novela.

Y su labor en la novela, que ya le habla hecho glorioso, le hizo millonario...

Enrique González Fiol